

PRELUDIO

Podría haber comenzado con la palabra prólogo, o incluso prefacio, proemio o simplemente introducción, pero prelude, no sé si por sus connotaciones musicales me suena mucho mejor. Además, como se verá enseguida, creo que esto se acerca mucho más a un *ludere* que a un *logos*.

La idea de este libro surgió como una suerte de texto complementario a una obra escultórica; una explicación más literaria que filosófica de lo que he querido llamar *Voluntad de suerte*, utilizando la expresión de Georges Bataille¹. Lo ideal sería que uno pudiera leer tranquilamente estas páginas después de haber contemplado largamente – y disfrutado– el conjunto escultórico. ¿Pero para qué entonces el libro? ¿Tendré ahora que retractarme de mis propias palabras tantas veces repetidas sobre lo innecesario e inapropiado de explicar las esculturas? Pues un poco tal vez sí, pero no del todo:

Hace poco, con motivo de escribir otra introducción –aquella así se llamaba– pensé detenidamente sobre cómo había ido cambiando a lo largo de los años –veinticinco, más o menos– la relación entre mis dos aficiones: escultura y filosofía. Al principio era difícil, parecía que se estorbaran mutuamente. Poco a poco aprendieron a delimitar su terreno y a ignorarse lo mejor posible. Fue tiempo después, a través de mi tesis doctoral, cuando traté de profundizar más en serio en esta difícil relación, aventurándome precisamente en lo que parecía en principio paradójico: una reflexión filosófica sobre la experiencia interior de la creación artística.

Pienso ahora que fue determinante el hecho de haber decidido desde el principio dedicarme profesionalmente a la escultura y no a la enseñanza de la filosofía. De lo contrario tal reflexión filosófica no hubiera sido posible. Al menos hoy así lo creo.

El arte como voluntad de suerte me llevó a pensar que la actividad artística es en sí misma –o al menos puede serlo– reflexión filosófica, y que por lo tanto debía ser posible realizar al mismo tiempo un trabajo escultórico y su desarrollo teórico. Me propuse intentarlo y este es el resultado: dos obras que son una. Por una parte el conjunto de esculturas; por otra, este libro.

El hecho de hacer un conjunto escultórico a partir de una misma idea, como si se tratara de un discurso poético-filosófico materializado en una serie de trabajos que conformarán finalmente una sola obra, es un recurso no demasiado extraño en el arte de los últimos años, en el ámbito de lo que se ha considerado, mayoritariamente, arte posmoderno –en la medida en que está liberado por fin del lastre acarreado desde la

¹ Aunque se puede decir que la idea de *Voluntad de suerte* recorre toda la obra de Bataille, como tal concepto aparece por primera vez formulado en su *Summa ateológica*. “No podríamos concebir la voluntad sin la suerte que la cumple ni la suerte sin la voluntad que la busca”, escribe en *El culpable* a principios de los años 40, en plena guerra.

idea del progreso positivo, en el XIX, y consolidado, al tiempo que banalizado, por una posguerra mundial que llegó a identificar moda con modernidad, y que tanto se afanan todavía en mantener vivo muchos conservadores de museos y críticos institucionales–.

La idea del Juicio Final que Anthony Caro desarrolló en su famoso conjunto escultórico del mismo nombre, con motivo de la guerra de Kosovo, puede ser seguramente el referente más importante en este tipo de obras. Se trata de una idea universal que trasciende religiones, ideologías y nacionalidades. Se trata del sueño eterno de la Justicia: el premio y el castigo, el sentido del bien y del mal; la esperanza. Es el “gran relato” por excelencia, el primero de ellos, el más largo. Cuántos hombres y mujeres, a lo largo de la historia, han arriesgado sus vidas o la han sacrificado por la creencia en un mundo mejor, más justo. ¡Qué injusto sería si no hubiera justicia! – aunque sea al final–. Cómo hubiera sido la vida del homo sapiens sin ese dedo divino que apenas roza nuestro dedo en el gran mural de Miguel Ángel. Sin duda es una idea majestuosa, rica, universal, simple al mismo tiempo, conmovedora y terrible también.

Pero si uno no cree –como yo sin ir más lejos– en divinidades ni justicias finales, cuando no se cree que la vida pueda tener más sentido que el que uno mismo sea capaz de inventar, cuando en su experiencia interior uno no encuentra el consuelo de la Esperanza o un Dios al que suplicar, la desolación puede llegar a ser total y el vértigo resultar insoportable. Bataille puso nombre a esa realidad: *la suerte*. Sin dioses, sin esperanza, sin justicia: sólo nos queda la suerte. Sin embargo, y esto es lo más importante, lejos de dejar que esta visión pudiera arrastrarnos a una ruina moral o anímica, destruirnos por completo o sumirnos en una resignación ataráxica, Bataille –partiendo de Nietzsche– nos enseña que es posible afrontar esta trágica realidad con voluntad, con pasión, con rabia quizás, pero con determinación, sin lamentaciones, con una actitud afirmativa y afirmadora de la vida: esto es la *VOLUNTAD DE SUERTE*.

Se trata de una idea abismal, terrible y vertiginosa, tanto o más que la del juicio final. Aunque se puede decir que representa justo lo contrario. Sin embargo, la voluntad de suerte no ha estado siempre presente en las imágenes generadas por el arte o por la literatura sagrada, y es por eso por lo que la consideré apropiada para este proyecto, un desarrollo en doble vertiente: artística y filosófica, como dos caminos no solo compatibles sino complementarios y hasta cierto punto necesarios.

Pero por qué estas quince esculturas. Tanto la idea de la suerte como la de voluntad de suerte son ideas sin duda universales, pero al mismo tiempo son profundamente íntimas; diríamos que cada uno tiene la suya, o puede tenerla, o debe desarrollarla. Al principio, cuando comencé a plantearme este proyecto tuve la descabellada pretensión de construir una voluntad de suerte universal, que pudiera ser –y servir– para todo el mundo. No tardé en darme cuenta del error y de lo absurdo de semejante ilusión. Lo que he construido es “mi” voluntad de suerte, y comienza en el momento en que –ahora– considero el principio de una historia personal: el momento en que la dedicación a la escultura dejó de ser un empeño terco e irreflexivo y se tornó un proyecto de vida necesario, consciente e introspectivo. Por lo tanto, este círculo es

susceptible de ir cambiando o creciendo a medida que vaya pasando el tiempo. Tal vez lleguen a ser cien, o sigan siendo quince aunque diferentes. El proyecto no podrá estar concluido mientras yo viva.

Lo que sí considero fundamental es su disposición en círculo por dos motivos: primero, porque la circunferencia es la imagen canónica del eterno retorno y por lo tanto –pienso yo– de la propia voluntad de suerte. El espectador debe situarse en el centro y ser él quien dé a la obra el movimiento y el sentido de giro. Además, la contemplación de cada una de las esculturas hará que el espectador gire de nuevo en pequeños círculos entrando y saliendo constantemente del círculo principal, que queda así paradójicamente cerrado y abierto al mismo tiempo. En segundo lugar, porque me fascina absolutamente la imagen de Stonehenge y me gustaría que siempre estuviera presente en la mente del espectador que vea la obra: un paisaje, un círculo de siluetas que se recortan en un espacio abierto, con el viento silbando entre ellas –y si fuera posible, con el mar al fondo–. Si las condiciones reales en que luego se puedan contemplar las esculturas fueran diferentes, el espectador tendrá que poner un poco de su parte e imaginar.

Voluntad de suerte está pensada para no tener nunca una ubicación concreta y ser una “exposición sin fin”, siempre en el camino, vagabunda como la propia suerte y en constante cambio.



Fotografía de Adrián Gómez Mañas.